

## Día y Noche

### CUENTO

#### ACÓNITO

*Erik Santiago Salinas Herrera (Acónito), estudiante de Primer Semestre de la Facultad de Derecho de la UNAM. Escritor en desarrollo que analiza la vida y la sociedad, con un interés también literario.*

Un destello de luz, al principio sólo eso. Un destello que se hizo presente de forma lenta, pero, por su imperceptibilidad, penetra los párpados como si hubiese sido algo más repentino. Una luz que apaga el sueño y enciende el día.

Abres y cierras con pesar los ojos, mientras que la realidad va cobrando vida en los demás sentidos. El tacto de las sábanas, fresco pero hedónico, frío como tu hogar. Escuchas voces y algunas risas para nada sutiles que parecieran ignorar que aún dormías, pero que alertaban la consecuencia de tu desvelo. ¡Tarde! ¡Es tarde! ¿Pero qué importaría? Estás cansado, algo “crudo”, y ese placer matutino de tranquilidad no te permitiría levantarte; pero es Navidad y ya te habían dejado dormido bastante, así que debías ir a hacer presencia con tu familia.

Abandonas la habitación y un nuevo destello, uno más intenso, inunda tu visión con un resplandor blanco, tan blanco como el sol, como si lo tuvieras de frente... y se desvanece al tiempo que el sonido de las voces aumenta y algunas siluetas se hacen nítidas y enfocadas a tu vista cansada, aunque tranquila... Quizá una de las últimas veces de tener una calma tan vulnerable.

— ¡Ahí estás, hijo! Vinimos a visitarlos ¡Cómo se la pasaron?

— ¡Hola, tía! Pues... bastante bien, como lo puedes notar

Respondes mientras tomas aire con una sonrisa, echas los hombros ligeramente hacia atrás, para estirar tu espalda de forma sutil, y luego te acercas a darle un beso en la mejilla.



Ella se limita a contestarte con una mirada y un gesto de desaprobación, aunque burlona, de tinte amigable y juguetón.

—Pues sí, ya vi que apenas te estás levantando ¡Es bien tarde!

—Déjalo, con la fiesta hace falta descansar, ¿o no, David? —Interrumpió tu tío—.

—Pero ya todos estamos levantados desde hace rato, nada más te estamos esperando.

Escuchas decir a tu madre, interrumpiéndolo ahora a él.

No lo sabes, sólo lo sientes, no resistes... Suspiras y en dos pasos la alcanzas, después de que ella haya dejado una cazuela de recalentado en la mesa. Se voltea lento hacia ti y se sorprende cuando la abrazas, pues la abrazas como en una despedida, como abraza un niño a su almohada o peluche en las noches de terror, sin miedo, sin dolor, sólo te reconforta, así le parezca extraño. Con una risa nerviosa ella te pregunta —¡Bueno! ¿Y tú qué tienes?

Te quedas callado unos segundos... —Es Navidad— Dices. Ella te sostiene de tus grandes brazos, con sus manos a la altura de tu cicatriz en el derecho. —¡Feliz Navidad, hijo!—

Ese dulce momento es interrumpido abruptamente cuando sientes el peso de unos pequeños brazos rodeando tu pierna, y aferrándose a ella, con sus aún más diminutas manos.

# Cultura, literatura y arte

Es ella... Miras hacia abajo y cruzan sus miradas, la ves tan graciosa, con la boca abierta y los ojos de ciervo, brillantes y traviesos. Suelta entonces una mueca y un grito curioso, preludio a su risa.

¡Qué risa! Ninguna en esa habitación se le comparaba. Te suena familiar, la escuchaste antes de que ella naciera, pero más grave, ¡claro! De su madre.

Te mira y no deja de mirarte. No la dejaron verte en la mañana porque decidieron dejarte dormir, te extrañó desde que despertó, aún sin saber qué es extrañar, aun cuando sólo fueron un par de horas, pero ahora estaba feliz con su padre y tú estarías feliz con tu hija.

La levantas y, de un brinquito que la deja suspendida en el aire, la acomodas entre tus brazos. Ella no duda, te golpea el rostro para poder acariciarte, sonríe tanto que pasas tu pulgar bajo su boca para limpiar la poca baba que le empieza a escurrir.

Le das un beso en su cabeza y levantas la mirada mientras dejas que siga jugando con tu mentón y tu camisa.

Mientras tu esposa se acerca, notas que es ella el elemento faltante para experimentar el paraíso, su ritmo. El mismo que el del corazón animado, porque pronto sentirá el calor de su piel, porque aún con la boca reseca, sentirás el mar bendito, rojo, suave, bravo o calmo según se desee de sus labios. Las pupilas dilatadas, el alma escapando de tu cuerpo por ya estar a su lado; la piel erizada y el aire que sueltas, leve pero emocionado, como la primera vez al verla, igual de bella. Así suena: ¡Fernanda, Fernanda, Fernanda! Ese era el nombre que el corazón tanto declama.

Y trae consigo paz, pues es amor, es vida, es Dios.

—¡Buenos días, amor! ¡Feliz Navidad!— Tierna, suave, dulce... En su hablar sencillo, nada de sencillo había, pues no cualquiera es capaz de transmitir el cariño con el color de su voz; y para coronarlo, el beso de aquella mujer aterriza en ti, así como tu mano libre en su cintura, que la va rodeando para acercarla.

Caro estira su brazo y la toma del pelo, curiosa. Tu esposa deja un pequeño quejido y le toma su manita, hablando aún más agudo —No, corazón, no—

Juega con ella como si le fuera a comer la mano, y la solución de tu hija es quitársela y esconderse recostando su cabeza en tu pecho, cubriéndose la cara, pero sin abandonar sus carcajadas ni de mirar con reto a su propia madre. Juegas a lo mismo, pero tú tomas el papel de caníbal y Fernanda el de víctima, sólo que la muerdes de verdad y ella grita.

Aún más ríe, aun más la tomas y la vuelves a besar... Aún más ríen Fernanda, Carolina y tú. Todos ríen y no hay ya nadie ni nada alrededor, sólo ríen y esa canción se queda tatuada en tu mente.

Todo se desvanece y en esa calma sólo quedan sus ojos, los ojos que te hipnotizan y hacen cerrar los tuyos. Hasta que dejas de sentir el peso en donde cargabas a tu hija... sólo pétalos... desvanecida; y Fernanda igual. Luego... ya sólo una sombra, y luego nada...

Despiertas de nuevo, ahora sin destellos. Un fusil descansa sobre tus piernas, mientras te apoyas en una pared incompleta de ladrillo que apenas está mantenida en pie, con basura a tu alrededor; y lo que queda de tu pelotón dormido, un subteniente, un sargento, un soldado segundo, un cabo y tres rasos, dos de ellos en guardia.

Tomas la cruz que cuelga de tu pecho, oras, y al terminar, recargas tu cabeza en tus palmas, mueves tus manos en un camino por tus sienes, tu cabello, baja por tu nuca y llegan a reposar al cuello. Respirar, no queda nada más.

—Rosas, tulipanes y orquídeas— Susurras para ti.

De fondo sólo hay un silencio, un silencio entumecedor, sólo interrumpido por las repentinas detonaciones que se dan a la distancia, que difuminan tus latidos en una mezcla sonora que amenaza tu impasibilidad; que juega y manipula tus pensamientos con la idea de que una de aquellas detonaciones cobrará su fin contra ti, que no sea un sonido, sino tangible, fatal.

Y así, con crudeza y con saña, las figuras de tu ilusión, sus colores, la paz y el amor que te abrazaban ahora comienza a transmutar, se degradan. Terminan su metamorfosis con la forma áspera del “sin forma”, un ente que no se reconoce a sí mismo, un ente que no puede llamarse humano, pues en su trauma y en la sangre ajena que le bautizó, se le niega el perdón propio, junto a la libertad de sentir. De sentir algo más que no sea su misión de sobrevivir, lo que es igual a no vivir en absoluto, pues no existe el deseo de vivir, sino una convicción, una fuerte pero vacía convicción de cumplir la misión.

Y bajo esto, un sueño que lucha en el subconsciente. Destinado al olvido si el objetivo del “sin forma” no se cumple... Destinado al olvido si su objetivo se cumple a costa del sacrificio cruento de otros hombres. Piensas entonces, dentro de tu locura, que tu guerra no será la de las armas, sino la de dejarlas.

Acariciar a tu esposa, cargar a tu hija, preparar el desayuno, cortar las flores del jardín, dar una moneda al menesteroso, unir tus manos en rezo...

No serán ya las mismas manos que puedan hacer todo ello...

—Rosas, tulipanes y orquídeas... Rosas, tulipanes y orquídeas...

—¿Todo bien, capitán?

—Sí... Todo bien.